

Lágrimas de Sal

Alfonso Rebollo García

Lágrimas de Sal

Alfonso Rebollo García



MURCIA
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Lágrimas de sal”

© Alfonso Rebollo García, 2019

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2019

Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: marzo de 2019

IBIC: FA

ISBN: 978 84 949731 2 3

Depósito legal: MU 247-2019

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Introducción	13
Capítulo 1	19
Capítulo 2	29
Capítulo 3	37
Capítulo 4	47
Capítulo 5	55
Capítulo 6	69
Capítulo 7	77
Capítulo 8	83
Capítulo 9	103
Capítulo 10	121
Capítulo 11	131
Capítulo 12	145
Capítulo 13	159
Capítulo 14	173
Capítulo 15	187
Capítulo 16	197
Capítulo 17	207
Capítulo 18 y Final	217

«Debe haber algo extremadamente sagrado en la sal:
está en nuestras lágrimas y en el mar»

Kahlil Gibran

A mi mujer y a mi hija, que forman parte de mi doble
vida: la real y la imaginaria.

«Es Torre vieja un espejo donde Cuba se mira y al verla
suspira y se siente feliz. Es donde se habla de amores entre
bellas canciones que hacen de Cuba soñar y sentir»

Ricardo Lafuente Aguado

«El arte más noble es el de hacer felices a los demás»

P. T. Barnum

«A la memoria de Loles Vilella, la sonrisa del carnaval»

Todos los personajes de esta novela son ficticios (excepto uno). Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Además de lo anterior mencionado quiero subrayar que algunos de los escenarios presentes en esta historia son auténticos, pero otros han salido de la mente del que suscribe.

Alfonso Rebollo García

INTRODUCCIÓN

Es difícil, por no decir imposible, esquivar la mirada de una mujer que está a punto de morir, pero más difícil es observar que su vida se aleja y no puedes hacer nada por ella, solo agarrar la mano con la que te pide ayuda. Es doloroso para un hombre de mundo como yo presenciar esa agonía y sentirme incapaz de auxiliarla. Es difícil escuchar las súplicas de una mujer que va a expirar en mitad de una playa desierta mientras las olas golpean suavemente sus pies y no poder socorrerla. Es triste contemplar cómo se va desangrando en la arena y no tener nada a mano para hacer más llevadero su dolor. Es dramático observar cómo unas lágrimas de sal surcan sus mejillas y sentir impotencia ante tanta injusticia. Ella me miraba con sus grandes ojos marrones, suaves y transparentes, llenos de miedo. Me pedía ayuda con ellos. Me percaté de que en su costado izquierdo tenía tres orificios profundos de bala por los que le brotaba la sangre, tres heridas que bien podrían haberse provocado con una horca. A lo lejos se escuchaba una ambulancia: mi llamada a urgencias en la que pedí celeridad no había caído en saco roto: solo había transcurrido diez minutos desde que avisé de que una joven se desangraba junto a la orilla del mar; un mar calmado y sereno.

—La ayuda está cerca —la animé sin soltar su mano.

Una mano fina y cálida manchada de sangre que me apretaba con fuerza para evitar que me marchase. Sentía el miedo de morir en soledad y trataba de aferrarse a la vida. De improviso la muchacha quedó allí tumbada mirando al

cielo, parecía soñar despierta. Por un instante la playa enmudeció: no se escuchaba nada, solo un silencio inquietantemente sepulcral. La mujer yacía inerte en aquella playa desierta y solo una ligera brisa marina agitaba con suavidad su larga melena. La sangre se le quedó tan helada como el frío viento que sentía en mi rostro. Nada podía hacer ya por aquella chica.

Hizo falta el lamentable fallecimiento de esta joven para comprender que mi investigación no era por un simple robo de obras de arte en una mansión madrileña, sino una operación de envergadura en donde había mucho en juego, y que las personas a las que me estaba enfrentando no eran vulgares ladrones. Había algo más turbio.

Mi trabajo consistía en investigar para la compañía de seguros que había contratado mis servicios. Y las pistas para dar comienzo mis pesquisas me condujeron a una ciudad española que se encuentra al sur de la provincia de Alicante. Una ciudad turística llamada Torre Vieja. Hasta esta localidad mediterránea me condujo la pista de un mechero que hallé en la mansión desvalijada y que tenía impreso el nombre de un club de alterne.

Al llegar a la ciudad me hospedé en un hostel modesto y antiguo que había junto a la playa donde encontré a la muchacha: una jovencita de tan solo veinticinco años con la que había estado conversando y tomando unas copas la misma tarde de su asesinato en un club nocturno llamado Oasis Rose. Anteriormente nunca había estado en esta localidad y me sorprendí al descubrir una ciudad cosmopolita y multicultural donde predominaban, después de la nacionalidad española, la rusa y la británica. Un municipio singular y privilegiado, donde el medio ambiente se erigía como un importante activo turístico.

Mi labor comenzó después de que la policía científica terminara su trabajo de investigación en la mansión asaltada. Ese mismo día accedí con el propietario y el perito de la compañía a la vivienda: quería echar un vistazo al lugar

en donde unos ladrones entraron desconectando el sistema de seguridad, aprovechando que sus inquilinos disfrutaban de las vacaciones de Navidad en la estación de esquí de Baqueira–Beret. Mientras el dueño de la mansión —un empresario de la construcción de origen catalán y afincado en Madrid— iba detallando los valiosos objetos robados, yo iba reparando en los pequeños detalles: observé que la alarma era un sistema de seguridad de gama alta y que fue inutilizada junto con las cámaras de vigilancia; la reja de la ventana por donde habían entrado había sido cercenada con un soplete y el cristal fue recortado con un cortador de punta de diamante: un corte demasiado perfecto. Llegué a la conclusión de que eran profesionales por las escasas pistas que dejaron. Fue un trabajo limpio, sin testigos, durante la nochevieja. Los ladrones aprovecharon que los cuerpos de seguridad del estado se encontraban de vigilancia en la Puerta del Sol, al estar el país en alerta cuatro, ya que en el registro a una vivienda de unos presuntos yihadistas, detenidos unos días antes, fue descubierto un vídeo con imágenes de la conocida zona de Madrid. El gobierno había puesto en alerta a cientos de policías para blindar el lugar donde cada fin de año se inundaba de gente para escuchar las campanadas. Aprovechando el despliegue policial en la popular zona y que la urbanización en donde se encontraba la mansión estaba desierta y con un mínimo de empleados de la seguridad privada, los ladrones saltaron la valla y se introdujeron en el jardín, no sin antes anular el sistema de seguridad desde un ordenador remoto, presumiblemente desde una furgoneta aparcada en las inmediaciones.

Después de anotar todo lo desvalijado en el interior de la vivienda, me dirigí a la valla por donde, probablemente, habían entrado en la finca. Observé huellas de pisadas en el césped gracias a la humedad del terreno. Una me llamó la atención: claramente perfilada en una zona embarrada, divisé la huella de lo que parecía ser una bota militar de la talla cuarenta y seis. Raudo extraje de mi chaqueta el móvil

y la fotografié. Después de comprobar que la policía había señalado la zona en el marco de su investigación, me aproximé al muro de separación con la calle. Me subí a un pequeño ficus y de ahí salté a la valla. Desde allí escudriñé la zona y descubrí lo que me había conducido a Torrevieja: un mechero que podrían haber perdido los asaltantes al salir huyendo. Lo podían haber usado para encender el soplete y que, en un desliz, se le cayó del bolsillo a su dueño.



El médico de la ambulancia llegó rápidamente hasta la muchacha mientras una pareja de sanitarios corrían detrás llevando consigo una camilla y un equipo de emergencia. El sonido de unas sirenas de policía avisaba de su proximidad a la playa. El médico me pidió que me hiciera a un lado y acto seguido le tomó el pulso a la chica. Al comprobar que no tenía se dirigió a los enfermeros y les pidió celeridad. Cuando llegaron se pusieron con la tarea de realizar la reanimación cardiopulmonar. Después de comprobar que no respondía a las maniobras de normalización, la trasladaron a la unidad móvil para hacer uso del desfibrilador. Tenía la certeza de que todos los intentos por devolver la vida a la muchacha iban a ser en vano, pero tenían que intentarlo. Las balas entraron por el costado y había perdido mucha sangre. Mientras los facultativos intentaban reanimarla, agentes de la Guardia Civil acordonaron la zona. Uno de ellos me requirió la documentación y me pidió que le acompañara al cuartel a declarar sobre lo sucedido.

Ya en el cuartel, dos agentes uniformados me trasladaron a la sala de interrogatorios. Me cachearon sin atenerse al protocolo y no cesaron de preguntarme detalles del presunto asesinato. Cuando comprobaron que de mí no iban a sacar nada en claro sobre lo acontecido en la playa, me requisaron el teléfono móvil, la documentación, me hicieron la prueba de la parafina y, por último, me esposaron. Como a

un detenido cualquiera. Me encontraba desquiciado. Había llegado a Torrevieja con la tarea de investigar una cosa tan simple como un robo de obras de arte y, sin darme cuenta, me vi envuelto en un lío de asesinato y con la Guardia Civil sospechando que yo era un asesino. Allí sentado, esperando que llegase la persona encargada de tomarme declaración, me puse a pensar en lo ocurrido desde que llegué a la ciudad salinera.

CAPÍTULO 1

Un día antes del asesinato de la muchacha llegué al hostel que había reservado a través del teléfono. Aunque la compañía aseguradora me pagaba los gastos, me atraía hospedarme en sitios donde pasar inadvertido y de ahí que buscara hostales o pensiones de mala muerte en las que nadie se fijara en mí, y de esa manera poder hacer mi trabajo sin llamar la atención. El hostel en el que me iba a hospedar era de los más antiguos de la ciudad y se denominaba Bella-Mar.

Al llegar observé que la fachada estaba deteriorada por la humedad y que en las rejas de las ventanas sobresalía la herrumbre provocada por su cercanía al mar. Pero lo que más me llamó la atención fue el letrero fluorescente con el nombre del hostel que emitía un zumbido escalofriante. A cualquier otro huésped le hubiera espantado aquello, pero a mí, acostumbrado a lugares como ese, me fue indiferente. Mi primer objetivo era pasar inadvertido y ese lugar era el idóneo para ello.

Entré en el interior de aquel hostel que, para no ser menos que la parte exterior, también estaba algo descuidado en pequeños aspectos físicos. Los techos y paredes se encontraban ennegrecidos por la humedad y con la urgente necesidad de una buena mano de pintura. Las losetas del suelo habían perdido el color original a consecuencia de las miles de veces que, por ellas, habían pasado la fregona rociada en lejía. Pero de lo que sí me percaté fue que, aunque descuidado, se encontraba limpio.

Me recibió la mujer que lo regentaba, querida más por la campanilla que sonó al empujar la puerta amarillenta, que por mi saludo algo pastoso a causa del frío que hacía en el exterior. Estaba siendo un mes de enero con bajas temperaturas en toda España, y había leído que el clima que hacía en esa zona del Mediterráneo era húmedo y no tan seco como el de Madrid, de ahí que entrara en aquel lugar con un frío espantoso en mis huesos, ya que después de aparcar mi coche eché un vistazo a los alrededores para aclimatarme a la zona donde iba a estar el tiempo necesario para mi investigación.

—Buenas noches —respondió a mi saludo con escasa convicción y sin dejar de limpiar.

La señora estaba atareada limpiando los cajetines donde se depositaban las llaves de las habitaciones. Cuando terminó con el último se giró para atenderme.

—Ayer reservé una habitación para unos días —farfullé al comprobar que mis dientes castañeaban a causa del frío que hacía en aquella destartada recepción.

—¿En este hostel no hay calefacción? —pregunté, siendo algo sarcástico.

Mis orejas me pedían a gritos un protector, ya que se estaban poniendo rojas a marchas forzadas.

Al escucharme me miró de arriba abajo y, con una falsa sonrisa en su rostro, respondió que me encontraba en un hostel acondicionado para los meses estivales y que no había calefacción central, pero que no me preocupase por el frío, ya que en la habitación que tenía asignada había mantas de sobra.

La mujer que regentaba el hostel tenía unos ojos grises y pequeños, labios gruesos decorados de carmín y unos senos grandes que escondía bajo un suéter rojo. Vestía desaliñadamente y, sin embargo, había algo en ella que me atraía hasta el punto de sentir una pequeña erección en mi entrepierna, incluso con el gélido ambiente de aquella sala. Rondaba los cuarenta pero se mantenía esbelta y sin una arru-

ga en su cara. Después de hablar por teléfono con ella, el día anterior, esperaba otra patrona menos afable, pero me sorprendió la sonrisa dulzona con la que me obsequió cuando observó que mis ojos no dejaban de mirar sus pechos.

—Vaya nohecita gélida hace hoy —bromeó ella, al observar que mi cuerpo no dejaba de tiritar.

En lo que no reparó fue en mis orejas que seguían pidiendo a gritos algo que las protegiera. A punto estaban de salirles unos sabañones. No concebía como podía hacer ese helor en esta zona que, por defecto, era cálida la mayor parte del año.

—Reservé una habitación a nombre de Javier Santacruz —puntualicé, sin dejar de mirar sus gruesos labios que me estaban provocando el deseo de besarlos.

—Veamos —farfulló ella echando un vistazo a un viejo monitor que ya debería estar en desuso.

Observé perplejo que en el dos mil diecisiete aún existían monitores VGA fabricados a finales de los ochenta, pero decidí no comentar nada por si la respuesta de la mujer no fuera de mi agrado.

—Sí señor, aquí está. Su habitación es la 12. Permítame su documentación.

—De Madrid —confirmó con una sonrisa entre cálida y divertida al observar que no apartaba la vista de sus senos—. Y tiene treinta y cinco años por lo que observo en su carnet de identidad. No los aparenta, parece más joven. Y está muy guapo en la foto.

Al escuchar a la dueña del hostel piropear me estuve a punto de saltar el mostrador y estrellar mis labios contra los suyos, pero me contuve y esperé relajadamente a que terminara de rellenar la ficha. Cuando se giró para coger la llave del cajetín me fijé en sus glúteos, y observé que la falda se apretaba perversamente a ellos y me los imaginé tremendamente morbosos. Tengo que confesar que me gustaba su culo.

—Sígame por favor —me invitó mientras se dirigía hacia la escalera.

En el hostel no había ascensor, aunque tampoco lo necesitaba, ya que solo constaba de dos plantas. La escalera tenía una barandilla pintada en gris y enrobinada como las rejas de las ventanas. Necesitaba una buena mano de pintura como el resto del edificio. Ella iba delante. Subía los escalones contoneando su trasero. Se le escapó una sonrisa cuando se giró para decirme que tuviese cuidado con el último escalón y observó que mis ojos estaban fijos en su culo. La escudriñé al completo. Su espalda robusta, su blanquecina nuca al llevar el pelo recogido con un moño... Mi trabajo de investigador consistía en fijarme en todo lo que me rodea, y en ese momento lo que estaba al alcance de mi vista era mi casera.

—Aquí está su habitación —señaló cuando llegamos a una puerta color marrón oscuro—. El baño está al final del pasillo y el dormitorio tiene lavabo.

Tengo que reconocer que el hostel era de los más cutres en los que había estado en mi vida. Quizá no era del gusto de un huésped remilgado, pero cumplía con creces lo que yo necesitaba para investigar sin llamar demasiado la atención. Observé, con estupor, que el espejo estaba partido y herrumbroso, y bajo él había un lavabo castigado por el tiempo. La cama era antigua: el colchón parecía maltratado por el uso (y no solo por el de dormir), pero había una cosa que me gustaba: la ventana me ofrecía unas hermosas vistas a la playa.

—Perdone, ¿cuál es su nombre? —le pregunté, siendo un poco atrevido.

—Inmaculada —me respondió un poco cohibida por mi osadía.

Supuse que me iba a preguntar por el interés de conocer su nombre, y antes de eso la interrumpí y le pregunté si estaba casada.

—No entiendo a qué viene esa pregunta inoportuna —me censuró, mirándome con sus pequeños ojos grises. Luego se dirigió hacia la ventana y echó la cortina.

—Perdone si la he molestado con mi indiscreción —me excusé con un susurro apesadumbrado.

—No se preocupe. Estoy separada, pero entienda que es un asunto que prefiero no recordar, porque hace unos años mi marido salió una noche a pescar y no lo he vuelto a ver. Supongo que aquel día lo pescó a él una fulana que lo engatusó. Aunque al final, el perder de vista a mi marido fue lo mejor que me ha ocurrido en la vida, ya que tenía muchos defectos: bebía en exceso, apuestas, furcias y mucha agresividad hacia mí. Hubo un tiempo en que me esforcé por cambiarlo, por apartarle de esos vicios que estaban rompiendo nuestro matrimonio; pensé, incluso, que traer un hijo a este mundo lo haría cambiar, pero se negó en redondo.

Me sorprendió muchísimo la dueña del hostel: lo primero que me subrayó era que no quería hablar sobre su vida matrimonial y después me soltó un repertorio detallado que me sofocó. Aunque después de escuchar los resentimientos sobre su marido, que sin preguntarle me confesó, no me costó imaginarla unos años antes recibiendo cada día el aliento mudo del desprecio, el acoso de un ser despreciable embadurnando su piel con saliva mezclada en alcohol. Tampoco imaginarla en su claudicación y el asco que sentiría cada vez que aquel cuerpo, que se restregaba con otras mujeres, pretendiendo penetrarla con grosería y negándose a que su semilla procrease en el vientre de su esposa. No me costó imaginarla en su cama, entre sábanas blancas, desnuda, con insomnio, sufriendo las canalladas de ese ser despreciable que la humillaba. De pronto me arrepentí por inmiscuirme en su vida familiar, ya que no me concernía ni lo más mínimo: sabía por experiencia que existían personas que no soportaban una intromisión en su régimen endogámico, aunque luego se estimulaban ante las preguntas de un advenedizo. El caso de la dueña del hostel era este último: necesitaba contar las vicisitudes que sufrió con su marido aunque la persona que tenía delante fuera un auténtico desconocido.

—Si decide salir de noche, ésta es la llave del portal —me indicó señalando una llave diferente que colgaba del llavero y cambiando disimuladamente de tema—. En la temporada invernal no contrato a nadie para el turno de noche, y por ese motivo, sobre las doce horas cierro la puerta y me acuesto a dormir. Yo duermo en la habitación que se encuentra encima de la suya. Si quiere algo de cenar se lo preparo en un santiamén.

—No, gracias —respondí dejando la maleta en un viejo armario color caoba—, he tomado un tentempié en un restaurante de la autopista.

— ¿Sabe usted si este club queda lejos de aquí? —le pregunté, dándole el mechero para que le echara un vistazo al nombre del local en donde iba a comenzar mis pesquisas.

—Este club se encuentra en las calas que hay más adelante del hostel, en dirección a la ciudad, pero...

La observé que se quedó unos segundos callada mientras escudriñaba el mechero con atención, y de pronto exclamó:

— ¡Es una casa de putas!

Cuando advirtió que no me impresioné lo más mínimo, me preguntó asombrada:

— ¿Y ha venido a Torrevieja solo para visitar ese local? Es usted un personaje muy extraño.

Esto último lo dijo con una sonrisa lasciva que me sorprendió viniendo de una persona que acababa de conocer.

—Si tiene usted el pensamiento de traer a alguna chica de esas a mi hostel, espero que sea silencioso, y le recuerdo que duermo en la habitación de arriba. No me gustaría despertarme con lo que usted ya sabe —me avisó, volviendo a sonreír con esa sonrisa inquietante que me estaba poniendo cachondo.

—No se preocupe por eso, no es mi intención traer a ninguna señorita de esas al hostel, solo quería saber si el club se encontraba cerca de aquí —le expliqué, notando que la conversación que manteníamos le llamaba la atención. Después salió de la habitación moviendo eróticamente sus caderas, y de pronto se giró y me preguntó:

— ¿A qué hora quiere el desayuno?

— Sobre las ocho es buena hora.

Ella asintió y cerró la puerta tras de sí. Creo que en otro momento hubiera deseado a Inmaculada como podría haber deseado a cualquier otra mujer, con esa lujuria que a veces nos alienta a los que, como yo, estamos divorciados. Al cabo de unos minutos escuché pisadas encima de mi habitación y el sonido de la cisterna. Deduje que Inmaculada no compartía baño con el resto de los huéspedes. De pronto me la imaginé orinando en aquella taza y volvió mi erección. Era turbador y placentero escucharla trajinar por el piso de arriba e imaginándola desnuda. Para quitarme esos pensamientos de la mente, que me estaban provocando dolor en la entrepierna, me aproximé a la ventana a observar la playa. El mar estaba sereno y nadie paseaba por la arena. Recordé entonces que tenía que llamar a mi contacto en la aseguradora para confirmarle que ya me encontraba en Torre Vieja. Marqué el número que me habían proporcionado. Después de tres tonos escuché una voz femenina al otro extremo de la línea. Una voz entre enfadada y fastidiada por la hora tan intempestiva de recibir una llamada. Miré mi reloj y comprobé que estaba a punto de dar las diez.

— Perdone, ¿hablo con Miriam Torregrosa? Soy Javier Santacruz, el detective contratado para investigar el robo con número de expediente 5623/2017.

Se hizo un silencio absoluto que apenas duró unos segundos y la voz enfadada se convirtió en aterciopelada.

— ¡Por fin, Sr. Santacruz! He estado toda la tarde esperando su llamada. Pensé que se había vuelto usted a mitad de camino. ¿Ha llegado bien?

Mi contacto en la aseguradora estaba siendo sarcástica, o eso pensé yo. Entiendo que no era buena hora para llamar por teléfono, pero unos asuntos me entretuvieron en Madrid y no pude hacer el viaje hasta la tarde.

— Sí, señora, el viaje bien. Espero no haberla sacado de la cama...

—En absoluto, amigo.

Se me antojaron algo falsas aquellas muestras de confianza sin conocerme.

—Precisamente estaba leyendo el expediente del robo. Por cierto, ¿sabe usted que la vivienda de la familia Rovira estaba asegurada por la cantidad de tres millones de euros? Y por favor, llámeme Miriam, y si le parece oportuno podemos tutearnos. Solo tengo treinta años, soy licenciada en derecho y me considero una empleada más de la compañía. El que me hable de usted me hace sentirme mayor.

—Entonces llámame Javier y así nos olvidamos de las formalidades —le pedí.

Por lo que había leído en el expediente, mi contacto era una joven y avispada abogada torrevejense que tenía un bufete en el centro de la ciudad. Y era la persona que me iba a ayudar en la investigación, en el caso de que necesitase sus servicios.

—Sí, anoche le eché un vistazo al expediente —afirmé—. Han robado cuadros de mucho valor.

— ¿Y dónde te encuentras alojado?

Supe que Inmaculada, la dueña del hostel, se había acostado porque escuché el quejido del somier al caer su cuerpo. Yo también me tumbé sobre la cama, ya que conducir durante cinco horas había minado mi organismo y el cansancio era palpable en mi cuerpo.

—El hostel se llama Bella-Mar y se encuentra a unos cinco Km del centro de la ciudad, en una zona conocida como Cabo Cervera, ¿has oído hablar de él?

—Sí, bastante, aunque es un poco cutre para mi gusto.

Mis ojos se estaban cerrando, y de pronto vino a mi mente la imagen de Inmaculada que se habría tumbado en la cama, boca arriba, mirando el techo, sin arrojarse... Quizá se hubiese despojado de la falda que apretaba sus nalgas y del suéter que a duras penas podía soportar sus senos...

—Javier, ¿sigues ahí? —escuché a Miriam nombrarme.

—Para ti será cutre, pero para mí es un hostel sencillo que se encuentra cerca del lugar donde voy a comenzar mis pesquisas. Pero eso será mañana, ahora voy a descansar.

—De acuerdo, Javier, y quiero recordarte que para cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme.

Cuando Miriam Torregrosa cortó la llamada miré hacia el techo y pensé en Inmaculada. En ese momento la hubiera necesitado más que cualquier otra cosa para que me hiciera compañía; se encontraba sola, me encontraba solo... Que extinguiera mi desazón, el mal sabor de boca que provocó mi divorcio. Necesitaba el arrullo incesante de un aliento sobre mi pecho, como un bálsamo que me provocara nuevas sensaciones; intercambiar fluidos y poner a prueba mi condición varonil. Soñando con pasiones eróticas, sobre mi patrona, me quedé profundamente dormido.